

## EL AERONAUTA.

NOVELA ORIGINAL

DE

JULIA DE ASENSI.

(Continuación.)

—¿Le han dado alimento si sabes?

—Ninguno.

—¿Y agua?

—Tampoco.

—Quizás el desgraciado tiene sed. ¿Has observado si sus labios están secos?

—No; tú entenderías de eso más que yo.

—Sí... pero no debo ir.

La joven guardó silencio y al cabo de un instante preguntó:

—¿Dónde está nuestra madre?

—Dando de comer á las palomas.

—¿Se marchó al palomar hace mucho?

—Unos diez minutos, poco más ó menos.

—Suele estar media hora; quedan veinte. Santiago, llévame á ver al herido.

Una vez tomada esta resolución, los dos hermanos se dirigieron rápidamente hacia el cuarto donde se hallaba el viajero acostado en una humilde cama. Tenía una bella figura, melancólica palidez, manos blancas que cogían las sábanas con fuerza convulsiva.

Al acercarse María, al oír su dulce voz que le preguntaba, ora en español, ora en francés, qué deseaba, abrió los ojos que fijó en las puras facciones de la niña, y luego miró hacia una copa que habían colocado á alguna distancia de su lecho. María la acercó á los labios del enfermo, que bebió con avidez, y pronunció luego una sola palabra que no se parecía absolutamente en nada á *gracias* en los dos citados idiomas.

—¿Es vd. italiano? le preguntó la joven.

Hizo él una señal negativa.

—¿Alemán?

Obtuvo la misma respuesta.

—¿Inglés?

Contestó afirmativamente, añadiendo frases que los dos hermanos no entendieron.

—Entonces no viene del cielo, murmuró Santiago.

—¿Lo has creído alguna vez? dijo María.

—¿Por qué no, cuando todos los del pueblo lo aseguran?

—Porque son unos ignorantes.

Él no podía decir de dónde llegaba; no los comprendía, lo mismo que los dos hermanos á él. A pesar de sus vastos conocimientos, se había negado á aprender más lengua que el idioma patrio, no presintiendo que algún día habría de serle necesario otro. En inglés les preguntó:

—¿Dónde estoy? ¿Qué tierra es ésta? ¿Dónde me habeis encontrado y por qué me habeis socorrido? ¿Estaba yo solo? En ese caso, ¿qué ha sido de mi compañero de expedición? ¿Quién ha recogido mi globo que, perdido en los aires, vagaba por el espacio hacia algunos días sin que pudiésemos adivinar dónde caeríamos? ¿De qué me han servido mis estudios si he sido juguete de mis sueños, de mis esperanzas y de mi ambición?

Y María, entretanto, le decía en español, hablando en voz alta y marcando mucho las frases para ver si lograba hacerse entender.

—¿Tiene vd. familia? dígalos en tal caso para que le avisemos que se ha salvado milagrosamente de la muerte. ¿De dónde es vd.? ¿Desea comer algo? ¿Beber más? Mi padre es bastante hábil y le curará; yo se lo pediré á Dios y á la Virgen y mi madre también, que es excelente aunque finja ser algo severa con mi hermano y conmigo, para educarnos mejor. Cuando vd. se levante iremos á ver el pueblo; es pequeño, pero no feo, que no puede serlo un lugar con casitas blancas como palomas, oscuras montañas, mar agitado, cielo azul y frondosos bosques. Una gran joya con perlas, zafiros y esmeraldas, parece á lo lejos.

—Pero una joya que á tí no te agrada, interrumpió Santiago.

—Te equivocas; hoy me parece más bonita.

—¿Qué poco semejante es el idioma que vd. habla al mio! exclamó el enfermo que no había comprendido nada y que tampoco podía darse á entender; ¿qué tierra es ésta? Ni mi desgraciado amigo ni yo sabemos dónde iríamos á

parar. No teníamos víveres, la válvula estaba inutilizada por habersé secado el betún; hacia días que nos hallábamos en inminente peligro. El estudio no nos seducía ya, el hambre y la sed nos aniquilaban; cómo á través de un velo veo al pobre Jorge despedirse de mí y perderse en el espacio. ¿Por qué abandonó el globo? ¿Fué creyendo salvarse, ó por salvarme á mí? Todo me dice que el infeliz ha muerto. Niña de negros ojos, dime el nombre de tu patria, sepa yo al menos dónde estoy y cuántas leguas me separan de la amada tierra donde nací, de mi buena madre y mis jóvenes hermanas. Ellas no tienen los cabellos oscuros como tú, la mirada brillante y la tez morena; ellas son blancas como la nieve, rubias como ese rayo de sol que penetra por la ventana, y sus ojos son azules como ese cielo que se divisa desde aquí y que me prueba que me hallo en un país meridional. Son jóvenes como tú, mi angelical Catalina y mi dulce Matilde estarán pensando, llorando y rezando por mí, y... quizá no volveré á verlas.

—El tiempo se pasa volando, caballero, mi madre va á venir, me retiro.

—La fortuna, diez años de mi vida, todo lo díera por estrecharlas una vez entre mis brazos.

—Está cuidando las palomas, á las que es muy aficionada, pero no tardará en volver, y si me hallase aquí...

—¿No me comprende?

—¿Quiere vd. algo?

—Aprende mi idioma, por Dios.

—Mañana volveré, caballero.

III

Así lo hizo María. Cuando sus padres se ausentaban, iba á visitar al herido acompañada de Santiago, que miraba con la mayor curiosidad al extranjero. Éste se reponía lentamente, pues su espíritu sufría más que su cuerpo.

El desgraciado no tenía ropa ni dinero, y se veía obligado á aceptarlo todo de D. Remigio.

Varias veces había empezado á escribir, pero el cansancio le rendía antes de acabar la carta; había intentado poner un telegrama, pero no le habían entendido, ni había en aquel lugar estación telegráfica. La desesperación del joven no tenía límites, y sólo conseguía calmarle la presencia de María, que adivinaba algunos de sus deseos, realizándolos al instante. Ella le enseñaba un poco de español, nombrándole los objetos que tenía á la vista; él repetía las palabras y las conservaba en su memoria, pero no podía sostener una conversación con la joven.

De ésto resultó que los temores de la señora de Rey se realizaron, que su hija se enamoró del forastero, sintiendo por él una pasión pura y vehemente y que la desgracia fué mayor de lo que sospechó la previsora madre, puesto que el inglés, á quien sólo distraía la niña, no correspondió á aquel sentimiento amoroso más que con una sincera amistad, estando decidido á partir en cuanto pudiese para no volver á aquella hospitalaria tierra. Su estado físico se mejoró al fin, pero el moral inspiró al médico serios cuidados. Aquel enfermo que no podía decir lo que sentía, que tenía un gran pesar porque no regresaba á su país ni sabía de su familia; aquel amante de la ciencia, por la que había abandonado al uno y á la otra, que pensaba en su compañero de viaje, al que juzgaba muerto para prolongar su vida, estaba eternamente triste y le parecía que insultaban su pena aquel sol siempre radiante y aquel cielo azul y despejado.

(Se continuará.)

## VARIEDADES.

PENSAMIENTOS EN EL ÁLBUM DE UN CALAVERA.

Se equivocan los hombres al suponer en las mujeres fáciles exceso de sensibilidad. No son las mujeres fáciles las que tienen más corazón, son las mujeres honradas.

\* \*

Hombres, no lo dudeis, os ama más y mejor la mujer que os impone severamente sus virtudes, que la que acepta débilmente vuestros vicios.

\* \*

Una mujer que abriga en su alma un amor elevado, no sucumbe á él, porque la grandeza de su pasión le da valor para ser infrangible.